

## OTRO CANDIDATO

# ¡Adios, Gomariz!

No escribimos con agrado estos comentarios, que queremos desproveer de gravedad, respecto a la actitud de ciertos republicanos. Preferiríamos hallar tan solo motivo para el elogio, el aplauso y el aliento. Nos duele tener que dirigir censuras. Procuraremos no escribir palabras irreparables. Si nuestra prosa ha tendido a la ironía débese al empeño cordial de hacer sonriente, incluso para los que ahora son adversarios, nuestra amargura. Pero tenemos el deber de ser leales con la opinión republicana que nos escucha. Debemos analizar conductas y presentar a los hombres tal conforme son no como nosotros quisieramos que fueran.

Hoy despedimos de nuestro afecto y de nuestra solidaridad, no sin cierta melancolía, a Jerónimo Gomariz. Durante estos últimos años ha luchado a nuestro lado. Si no siempre tuvo nuestro aplauso, jamás le faltó nuestra simpatía. Cuando su actuación se desviaba de lo que debía ser la conducta recta de un republicano de izquierdas acudíamos en su ayuda más que con la reprimenda hostil y pública con el consejo cariñoso e íntimo. Cuando ofrecía el menor pretexto para el elogio, lo derramábamos sobre él para alentarle. Creíamos posible que se llegara a formar en Gomariz una verdadera conciencia republicana y que lograra un pleno sentido de lo que es servir al pueblo. Nunca hemos tenido a Gomariz por hombre serio ni nos han hecho gracia sus piruetas y botaratas. Podíamos perdonarlas, sin embargo, atribuyéndolas a inquietudes juveniles, a falta de madurez y de experiencia. Ni por sus años ni por su estatura ni por otras circunstancias, ha llegado todavía Gomariz a ser lo que llamamos un hombre. Pero creíamos, que, a falta de otras virtudes, poseía entusiasmo juvenil, exaltación izquierdista, pureza de ideales. Nos hemos equivocado. Gomariz es solo un joven tarambana.

Pronto empieza en la vida pública a hacer porquerías. Quizás comience ahora su verdadera carrera política. Pero no será a nuestro lado. Estas palabras nuestras son de despedida, y para no volver a ocuparnos de él. Que navegue con viento fresco por los mares que él ha elegido, y que no piense jamás en buscar abrigo en nuestro puerto.

Con cierta gracia, de un saltito juguetón, ha trepado a la carroza radical, cuando iba ya a ponerse en marcha sin equipaje gordonista. Mu-

chos sudores previos le ha costado a Jerónimo esa travesura. Ideada estaba por él desde antes de convocar se las elecciones, cuando la disolución de las Cortes Constituyentes parecía ya inminente. Tan pronto vió que las elecciones había de hacerlas un gobierno radical, empezó a hacer cucamonas a los lerrouxistas. Preocupaba a nuestro pollo la idea de recuperar el acta. Ni por un momento tuvo la preocupación de la lucha noble y levantada, defendiendo, con el riesgo personal que fuera, una política de izquierdas a la que había estado adscrito hasta entonces. Le importaba, sobre todo, zagancharse al carro del presunto vencedor. Desentendiéndose de cierta solidaridad republicana, que nosotros, no hemos de invocar ahora al ocuparnos de él, Gomariz inició las gestiones para ir en candidatura con los radicales, que cederían dos puestos en su candidatura al partido de Gordón Ordás. Sería divertido recordar todos los ejercicios gimnásticos realizados por el travieso equilibrista desde aquel primer momento. Su partido lo proclamó, al fin, candidato por segundo lugar, reservando el primero para don Julio María López Orozco, a quien nos ha dolido ver implicado en este asunto. Todos los esfuerzos de Gomariz se encaminaron, ya que él tenía el segundo lugar, a obtener dos puestos en la candidatura. Cuando los radicales firmaron el pacto con la Izquierda radical socialista, dejando solo un puesto libre, Gomariz defendió con más brío que nunca el derecho a los dos puestos. Si solo había uno, éste correspondía por derecho propio al señor López Orozco, no solo por orden de designación, sino por otras razones de respetabilidad personal. Se pensó ofrecer un acta problemática a Gomariz por Valencia o Cádiz o las Batuecas. Gomariz asióse a los dos puestos. Y, de pronto, ¡zás!, ante el asombro de sus correligionarios, da un brinco, y se sienta en el único que habían dejado

libre sus compañeros de coalición. Suponemos que el señor López Orozco, hombre serio y comprensivo, formulará una pladosa renuncia al primer puesto usurpado por el saltarín candidato.

Ya tenemos a Gomariz en candidatura con los radicales que tanto combatió, en momentos con inoportunidad y olvido del respeto mutuo que se deben los republicanos. Es curioso lo que ocurre con cierta especie de sal-

timbanquis. El caso de Gomariz nos recuerda el de ese otro majadero de Pérez Madrigal, que se pasó los primeros meses de las Constituyentes insultando a los radicales, contribuyendo más que ningún otro a envenenar las relaciones entre republicanos, para terminar lamiendo, como un perrito, la mano paternal de don Alejandro.

¿Será diputado Gomariz? Desde nuestro punto de vista de republicanos de izquierda nos es absolutamente indiferente su éxito o su fracaso. Ni vale como aliado ni es temible como adversario. Gomariz necesita el acta como el pan que come y hará todas las diabluras que pueda para conseguirla, y hacer en los pasillos de la Cámara figura de personaje, aún a costa de las más graves claudicaciones. Sería curioso, por cierto, que en un acto electoral Gomariz y su compañero de candidatura señor Cámara explicaran a qué punto de coincidencia han llegado, por ejemplo, sobre el asunto de la Telefónica.

Quizás algún correligionario haya apreciado la labor parlamentaria del joven botarate que nos ocupa. Queremos poner en claro también ese extremo. Gomariz administraba su izquierdismo o su conformismo según estuviera más o menos cercana la posibilidad de atrapar un alto cargo. En cierta ocasión creyó que podría ser subsecretario de Justicia, — ¡hermosa ilusión! — y fué de un gubernamentalismo ejemplar.

Joven sin preparación ni experiencia, pero con desparpajo, con viveza y con esa simpatía que despiertan todos los hombres menuditos, gorditos y saltarines, tenía la audacia de contender con las grandes figuras parlamentarias, a quienes hacía gracia este travieso personaje. Parecía una pelotita de celuloide, con un perdigón dentro, saltando por los escaños parlamentarios. Era un cascabelito retozón. Jamás tuvo sentido de su responsabilidad de republicano, ni sintió la solidaridad y la lealtad a que le obligaba su filiación política. Su única preocupación era la popularidad, en el sentido bajo de popularidad; es decir, de halago a la masa. Su ideal parecía que era alcanzar la fama de un «popular Santonja» o de un «Mialma parlamentario».

Diputado «pollón» fué en las anteriores elecciones. Como de matute se ha colocado ahora en la candidatura radical. Un amplio porvenir de piruetas se le espera. Tiene juventud y elasticidad. Adelante.

¡Adios, Gomariz!

1.261

A.P.C.E.

SIG.: 1.26/821